

## 2084

“Lo primero que notó al entrar fue la leve brisa de aire fresco, que llenaba completamente su pecho sin esfuerzo alguno. No era la primera vez que cruzaba esa puerta, pero aún así siempre la sorprendía. Avanzó un par de pasos hacia delante, sacándose los zapatos rápidamente para que sus pies descalzos sintieran el picor del pasto. Le encantaba la sensación del pasto en su piel. Era algo nuevo y diferente a lo que estaba acostumbrada, pero a la vez reconfortante.

Se agachó suavemente para luego recostarse en la sombra que los árboles producían, con unos pocos rayos de sol iluminando su rostro. El ciruelo había sido su árbol de elección siempre, y esta vez no sería diferente. Algo tenían esas pequeñas flores blanquecinas, rodeadas de pequeñas abejas y mariposas artificiales, que lograban hacer esta experiencia aún más especial. El aroma, en general, le producía una paz interior que, en su día a día, no podía lograr por más que lo intentara. Quizás el hecho de que los árboles no quemaran y el agua fuera clara ayudaban.

Al pasar de los minutos, el frío y el viento empezaron a llegar; la primavera había pasado. Pero no era como el frío como el de afuera, glacial y seco, si no que más bien uno agradable de sentir. Las hojas y las gotas de lluvia caían en su cuerpo, llenándola de alegría. Era una sensación muy diferente a las gotas de ácido que venían de las nubes normalmente, gracias al cielo lleno de nubes tóxicamente oscuras. Sin embargo, en este pequeño espacio las nubes eran esponjosas, grises, de aquellas que no podría producir daño alguno. El viento las movía al igual que alocaban su corto cabello, y lograba que unos pequeños pajaritos sintéticos descansaran sus alas mecánicas para planear con la brisa. Era una vista hermosa, y eso la entristeció un poco.

Cuando vio que la lluvia producía unos pequeños charcos, se levantó rápida y emocionadamente para pisotearlos como una niña pequeña, algo que se le había hecho imposible en su contaminada infancia.

Extrañamente, el otoño fue corto. Más corto de lo normal, y de forma violenta la lluvia se endureció y el ambiente se congeló. De un instante a otro y para nada gradual, todo era nieve. Era raro e inusual, pero eso no le molestó, ya que la pureza de la nieve le llenaba el alma. La luz del sol rebotaba en el manto blanco para llegar directo a sus ojos, dejándola sin aire. ¿Cómo era posible que hubiera existido una realidad donde el blanco no estuviera manchado, y dónde la luz fuera algo común? Tomó la nieve, pero sus congeladas manos lograban que esta no se derritiera. Se sentía bien, un frío que no fuera mortal era agradable.

Unos pequeños conejos aparecieron, saltando de forma muy coordinada frente suyo, como haciendo un desfile destinado solamente a ella. Le recordó, por un pequeño instante, a la forma en la cual las cucarachas marchaban al entrar a su casa cuando el clima era muy peligroso afuera, haciendo que la tierra estuviera más llena de barro y que las nubes taparan aún más el sol.

Cerró los ojos un momento, para internalizar esta experiencia que tanto había esperado en el último año. No obstante, toda la belleza invernal acabó cuando las pantallas se apagaron. La puerta había sido abierta nuevamente, y el guardia le pidió que saliera.

- ¡No! Por favor, un par de minutos más. Me queda mucho que hacer, ¡ni siquiera llegué al verano! – rogó la joven de cabello fino y débil, con sus delgadas manos agarradas una de las otras; tal y como lo hacía la gente que aún tenía fe en Dios.
- Lo siento, pero hay mucha gente esperando. – le respondió el mismo guardia, pálido y con los ojos hundidos, que le ha permitido el paso durante todas sus visitas. - Tuvimos que hacer los turnos más cortos, pero sabes que puedes volver cuando quieras. –
- No es así de fácil para mí. – sus ojos, enrojecidos como siempre, hubieran lagrimeado si no fuera por la deshidratación constante en la que la mayoría

de la población vivía. Sabía que tendría que esperar un año completo antes de poder volver a pagar. – Te lo suplico, solo necesito un minuto más para sentir el calor del sol. –

- Lo entiendo, pero no puedo hacer nada al respecto. Sal de la cámara por favor, si no tendré que llamar al encargado. – le dijo el hombre de uniforme blanco y desaliñado.

Al salir de la pequeña habitación, fue la contaminación su primer acompañante. No solamente la polución del aire y de todo lo vivo que la rodeaba, si no que también el sentimiento de desesperanza que invadía a todos aquellos que se encontraban haciendo fila para poder tener un corto tiempo dentro de la cámara de simulación. Le hubiera gustado advertirles que los estaban engañando, que ya no era una hora completa dentro, pero internamente sabía que eso no importaba. Un minuto simulando la naturaleza que antes existía era mil veces mejor que la vida que tenían tras la muerte de esta.

La cegante oscuridad fue un contraste, comparada con la transparente luz que ya extrañaba. La oscura y sucia niebla la rodeaba por completo, siendo solamente los faroles en mal estado los que le permitían caminar de forma consciente. Hacía demasiado frío, como siempre, pero esto no significaba que la nieve fuera como antes. Era un barro lleno de desechos y ácido de la lluvia, en donde sus piernas se arrastraban camino a casa. Sabía que tenía poco tiempo antes de que el tóxico aire le afectara y dañara, mas no le importaba a esta altura. ¿Cuál era el punto de preocuparse si de todas formas el fin estaba cerca?

Al llegar a su casa, se sacó todas las prendas contaminadas por el barro y las desechó de forma inmediata.

- ¿Cómo estuvo? – preguntó una mujer de aspecto débil y cadavérico, mientras le pasaba una lata de porotos vencidos a su hija. - ¿Pudiste nadar este año? –

- Había cosas nuevas, como animales robóticos, pero me sacaron antes. No alcancé a sentir el verano. – mencionó la joven, con un nudo de angustia en su garganta.
- Oh, lo lamento. Cada año esas empresas de simulación están más y más aprovechadores y lucrativos. – le respondió con decepción en su triste mirada. - Bueno, feliz cumpleaños de todas maneras. Esperemos que el próximo año tu regalo funcione mejor. –

Con el rostro ensombrecido y los porotos enlatados en mano se dirigió a su habitación. No estaba insatisfecha por completo. Sí, todo era falso y la dejaba melancólica por días, pero aún así la hacía feliz tener la oportunidad de revivir un pasado donde el mundo no era una oscuridad apocalíptica. “

*Me detuve al escuchar el sonido del timbre, indicando que el recreo había comenzado.*

- *¿Y después qué? – me preguntó un niño, de unos 10 años, con sus ojos mirándome de forma curiosa.*
- *¿Por qué era todo tan feo fuera de la pieza con árboles? – preguntó otro un poco más preocupado. - ¿Eso nos va a pasar en el futuro? ¿La nieve no va a existir? -*
- *Niños, no más preguntas. Se ha acabado la clase de hoy. Díganle gracias a la señorita por darse el tiempo de venir hoy a leerles una parte de su nuevo libro – dijo la profesora – La próxima clase seguiremos aprendiendo sobre el calentamiento global. ¡Y no olviden reciclar en sus casas! .-*